

BRIAN W. ALDISS

A CABEZA DESCALZA



He aquí el relato de lo que podría ser el mundo del mañana tras una guerra psicodélica en cuyo transcurso las grandes ciudades del mundo hubieran sido bombardeadas con nubes de LSD. La humanidad ha perdido las pocas luces que le quedaban; hombres y mujeres viven en un continuo «viaje»; se crean nuevos cultos, nacen nuevas sensaciones; la realidad ha desaparecido, sustituida por un mundo confuso y onírico en donde la gente se mueve como fantasmas. Y, procedente de una de las regiones menos afectadas de Europa, donde la realidad no ha sido aún distorsionada, un hombre inicia su periplo hacia Inglaterra que ha perdido ya todo sentido de la realidad.

A cabeza descalza es una compleja obra que recuerda a James Joyce y con la que Aldiss rompió algunos límites de la ciencia-ficción publicada hasta ese momento. La obra tiene, asimismo, reminiscencias de la novela *Naked Lunch*, de William S. Burroughs. Libro complejo, tremendamente difícil pero de lectura apasionante, reconstruye con pleno éxito a través de la narración un mundo abocado a la locura permanente, lo examina desde su interior, lo hace vivir.

AGRADECIMIENTO DEL AUTOR

Esta novela, a excepción de algunos de sus poemas y canciones populares, apareció fragmentada (en otro orden) a lo largo de dos años en la revista *New Worlds*, gracias al estímulo de su editor, Michael Moorcock, aunque el relato original, «Simplemente de paso», apareció en el número de febrero de 1967 de la revista *Impulse*, editada por Harry Harrison. A estos dos caballeros y al Procol Harum de «Su blanca palidez», por no mencionar la nívea claridad del legado de P. D. Ouspensky (1878-1947), mi agradecimiento sincero.

B. A.

—Decid a los vietnamitas que, como no se metan el rabo entre las piernas y se olviden de agresiones, vamos a devolverles a la Edad de Piedra a base de bombazos.

General CURTIS LE MAY

LIBRO PRIMERO

Hacia el norte

SIMPLEMENTE DE PASO

La ciudad estaba abierta a los nómadas.

Colin Charteris salió de su coche *banshee* en la plaza norte y se estiró unos momentos, desperezándose: nervios y huesos flexibles y proporcionados. El vehículo crujía y chasqueaba a su lado como un pez en tierra; sus partes metálicas se enfriaban tras el largo viaje por las autopistas de peaje europeas. Detrás de ambos se encontraba la antigua catedral, inmóvil aunque no yacente.

A su alrededor se desmoronaba la plaza. Gentes deprimidas caminaban por un callejón tan sombrío como ellas.

Charteris cogió la vieja cazadora del asiento trasero y se la echó por encima de los hombros, pensando en la velocidad FTL^[1] de los cuerpos-conductores en su viaje hacia el desastre, moderno y chispeante. Se cubrió también los ojos.

Era un héroe a los diecinueve años: había recorrido los dos mil doscientos kilómetros desde Catanzaro, en el mar Jónico, hasta Metz, provincia de Moselle, Francia, en treinta horas, sin sufrir por el camino más que un raspón de un metro de longitud en la aleta delantera de babor: herida recibida en duelo, beso de vida y muerte.

El sol se ponía, bajo y pálido, sobre St. Etienne, fundiéndose entre las motas de polvo que, como insectos, punteaban uniformemente el aire. Necesitaba una cama, compañía, conversación... quizás incluso una revelación. No sentía nada. Las pocas imágenes que le llegaban vividas a la mente eran del pasado, el pan del ayer.

A la salida de Milán, una de las zonas irracionales de siempre, donde la autopista triple convertía la llanura lombarda en un diagrama geométrico, su coche rojo había pasado a centímetros de un choque múltiple. Hoy día todos los choques eran múltiples.

Aquella imagen continuó repitiéndose una y otra vez en su mente, entorpeciendo las percepciones de los sentidos, confundiendo el pasado con el futuro: una rueda girando aún locamente, metal milimetrado y llamativo, barreras destrozadas, cosas con colmillos, cráneos astillados, luz solar aplicada como un denso maquillaje sobre los catargasmos imposiblemente abandonados de la muerte.

Mientras se desperezaba en la plaza lo veía ocurrir aún: velocidades fabulosas tragadas repentinamente por la carne humana y automóvil con aquella pereza despectiva de lo superrápido, donde cualquier cosa más veloz que la vista podía permanecer eternamente vagando por los laberintos de la consciencia.

Aún morían y se divertían aquellos jueguistas en la urna mortuoria de la plaza de la catedral de Metz: la infección se extendía, la vida vacilaba. En cuestión de poco tiempo ellos, sus cuerpos, sus pedazos estarían embalados cuidadosamente entre mortajas de hospital, masa que adornaría de noche una sala de velatorio junto con las velas sencillas, la autopista brillando de nuevo, perfectamente activa, los equipos de rescate preparados y ociosos en la Rastplatz, leyendo revistas y libros de bolsillo. Los antiguos mecanismos obturadores de la retina y mente de Charteris se dedicaban aún a re proyectar el floreciente momento del impacto.

Disimulándolo, forzó la vista en dirección a la catedral. Había sido construida varios siglos antes, pero la roca basta y amarilla que la conformaba la hacía parecer —a la pronta luz de los focos, a primeras horas de la tarde— una copia victoriana de algún modelo anterior. Europa estaba cubierta de edificios antiguos como éste, y aún más quedaban en

las capas inferiores del terreno, sufriendo el paso del tiempo, insonoras, sin ventanas.

Al otro extremo de la plaza, el suelo se hundía bruscamente. Unos escalones llevaban a una calleja, debajo, flanqueada a un lado por una pared continua y a otro por una serie de chozas francesas remilgadas, pequeñas, estrechas, tristes y de fachadas gastadas, todas cuyas contraventanas estaban cerradas, al contrario de la mayoría de las de la catedral.

En la fachada de una de las casas, un cartel rezaba: *Hôtel des invalides*.

—*Krankehaus* —dijo Charteris.

Sacó una bolsa de mano del maletero del *banshee* y se dirigió al destartalado hotel, caminando como un soldado a través del desierto, como un piloto sobre la pista de aterrizaje después de su misión número noventa y nueve, como un vaquero a lo largo de una silenciosa Calle Principal. Avanzaba trabajosamente, gruñendo a cada paso. Tenía diecinueve años.

Los otros coches que había en la plaza eran un montón de chatarra y todos mostraban matrículas francesas neutrales. Apartando la mirada de sus propias explanadas mentales, Charteris vio que esta parte de la plaza se utilizaba como muestra de coches de segunda mano. Algunos de ellos habían sufrido choques. Los precios estaban pintados, en francos, en los parabrisas. Los vehículos reposaban olvidados en su cercado, sin que nadie los mirara, ya inmóviles.

Esta ciudad parecía cerrada a los nómadas. La puerta del *Hôtel des invalides* tenía un picaporte de hierro. Charteris lo bajó cansadamente y entró en el vestíbulo que, en penumbra, había al otro lado. Un timbre zumbó y parpadeó incansablemente hasta que cerró la puerta tras él.

Mientras avanzaba, forzando la vista en la casi oscuridad, el salón cobró existencia —y otra existencia, estructurada con baldosas estampadas sobre las que otras personas condensaban el ambiente, y donde, en la parte supe-

rior de las escaleras, se erguía un santo en sombras— y reveló sus polvorientos detalles. Aquí, junto a un mueble inmenso, un brote rectangular y maligno de caoba —o quizás una puerta demasiado barroca que diera a otra parte distinta del establecimiento—, languidecía una planta en una maceta. Sobre las paredes, cuadros enormes de soldados vestidos de azul destrozados a bombazos entre dispersos sacos de tierra.

Una figura pequeña, densa, con forma de ataúd, apareció al extremo del pasillo, negra a la luz negra de la tarde. Se acercó y vio que se trataba de una mujer peinada a la permanente, ni vieja ni joven, que le sonreía.

—*Haben Sie ein Zimmer? Ein Personn, eine Nacht?* —preguntó Charteris.

—*Ja, monsieur. Mit eine Dusche oder ohne?*

—*Ohne.*

—*Zimmer Nummer Zwanzig, monsieur. Ist gut.*^[2]

Alemán. La lengua de uso universal en Europa.

La patrona llamó con un gesto a una muchacha que se acercó apresuradamente, morena y ágil, trayendo la redonda llave de la habitación número veinte. La patrona volvió a hacer un gesto y desapareció. La muchacha condujo a Charteris hacia arriba por tres tramos de escaleras: el primero de mármol, el segundo y el tercero de madera, y éste último sin alfombra. Todos los descansillos estaban adornados del mismo modo que el vestíbulo, con grandes cuadros de franceses muriendo o matando alemanes; el período representado era el de la Primera Guerra Mundial.

—Así que es aquí donde empezó todo —le dijo en inglés a la muchacha desde detrás, mientras subían.

Ella se detuvo y le miró sin interés, de arriba abajo.

—*Je ne comprends pas, M'sieur.*

No era un acento más francés que el de la patrona alemán, pensó.

Hacía mucho tiempo que no se habían abierto las ventanas de estos descansillos. El aire estaba embebido de to-

das las vidas embotelladas que habían sufrido aquí, de muchachas pálidas, de abuelos balbucientes con ciática. Apañamiento, avaricia, conservación, inhibición; la Europa del norte, dispuesta a cualquier cambio: alegraos todos los buenos cristianos. Brazos y piernas enrojecidos volvieron a saltar por los aires, como de alegría, en los coches apelonados en la autopista. Una muerte por los aires era siempre preferible a una vida disecada... si hubiera sólo esas dos alternativas.

Su propia vida veletastillada demostraba que había verdaderos cargamentos de alternativas.

Pero aquéllas dos, sólo aquéllas ...¡cómo las temía, cómo discurría entre ellas su vida enrojecida, buscando la liberación! «Debe usted elegir, Charteris», decía, apretando los labios, aquel hombre ceñudo; «O una nueva misión a vida o muerte en el delta del Mekong, o bien diez años en un hotel de Metz, a pensión completa».

Cuando llegaron ante la puerta de la *zimmer* número veinte, jadeaba intensamente. Podía aspirar el aire a tragos, abriendo la boca, sin que se diera cuenta la muchacha. Parecía mayor que él... quizá veintidós años. Bastante atractiva. Soportó bien la subida larga y trabajosa. Morena. Pantorrillas bastante angulosas, pero tobillos bonitos. Naturalmente, hacía un calor sofocante.

Haciéndole gesto de que esperara, pasó a su lado y entró en la habitación. Mientras se dirigía a una de las dos ventanas alargadas, tocó la cama, notando el ruido de los muelles desajustados. Forcejeó con la barra vertical que cerraba la ventana hasta que cedió y las dos hojas giraron hacia el interior. Respiró profundamente... otros venenos. ¡Francia!

A este lado del hotel la altura era considerable. Minúsculos, en la calle, dos *bambini* llevaban un perro blanco de una correa. Cuando alzaron la vista se convirtieron en simplemente dos rostros con brazos y manos hinchados: talidomídicos. La imagen de la ruina y de la deformidad por

todas partes. Inglaterra debía de ser mejor... Nada podía ser peor que Francia.

Al otro lado de la calle, edificios. Una mujer trabajando en una habitación, entrevista a través de unas cortinas. Más allá un vertedero, y dos gatos persiguiéndose mutuamente entre basuras, calculando fríamente la cinética de la copulación. El lecho de un río seco, lleno de desperdicios y de latas viejas, y... ¿no era aquello también un coche aplastado?

Sobre una pared arruinada, un cartel escrito en grandes letras: LA FRANCIA NEUTRAL ES LA ÚNICA FRANCIA. Desde luego, se las habían arreglado para mantener la neutralidad hasta el amargo final; su experiencia en las dos guerras mundiales anteriores les había dado valor para semejante tenacidad.

Al otro lado de la pared arruinada, una avenida innecesariamente amplia, alineada de árboles, a cuyo extremo se encontraba el edificio de la Prefectura. Un policía a la vista. Una farola despertándose entre las ramas desnudas de invierno de los árboles. ¡Francia!

Volviéndose a la habitación, Charteris revisó el mobiliario. Le pareció correcto que todos sus elementos fueran espantosos: la patrona era consecuente. El lavabo era grotesco, la disposición de las luces francamente horrible, y la cama estaba diseñada específicamente para levantarse temprano.

—*Combien, M'amselle?*

La muchacha le contestó, espiando su reacción. Dos mil seiscientos cincuenta francos, luz incluida. Tuvo que hacerse repetir la cifra; su francés no era bueno y tampoco se había habituado a la última devaluación.

—Me quedo con la habitación. ¿Es usted de Metz, *M'amselle'*?

—No. Soy italiana.

Le embargó la satisfacción, un sentimiento repentino de gratitud porque no todas las cosas buenas hubieran sido consumidas. En esta habitación podrida y sofocante, era

como si estuviera respirando de nuevo el aire de las montañas.

—He vivido en Italia desde la guerra, al sur, en Catanzaro —dijo él en italiano.

—Yo soy del sur —sonrió ella—, de Calabria; de un pueblecito montañoso que no habrá usted oído nombrar.

—Dígamelo. Es posible que lo haya oído. Allí abajo trabajaba en la ORANUR. Me moví.

Ella le dijo el nombre del pueblo, y él no lo conocía. Se rieron.

—Pero no había oído nunca eso de ORANUR. ¿Es un pueblo de Calabria? ¿No?

Él se volvió a reír, principalmente por el gusto de hacerlo y observar el efecto sobre ella.

—La ORANUR es la Organización de Rehabilitación, cuando es posible, y Alojamiento de víctimas de la guerra, perteneciente a las Naciones Unidas Renovadas. Allí junto al mar Jónico tenemos varios campamentos grandes.

La muchacha no le prestaba atención.

—Habla usted bien el italiano, pero no es de allí. ¿Es usted alemán?

—Soy serbio... Yugoslavo. No he estado en casa, en Serbia, desde niño. Ahora voy al norte, a Inglaterra.

Mientras hablaba, oyó que la patrona llamaba impaciente a la muchacha. Ésta fue hacia la puerta, le sonrió —una sonrisa dulce y triste que parecía explicar su existencia— y se fue.

Charteris dejó la bolsa de mano sobre la mesa de bambú que había bajo la ventana. Se quedó durante largo rato contemplando el lecho seco del río; los desperdicios que se veían en él lo hacían parecer una excavación arqueológica que hubiera descubierto los restos de una civilización industrial anterior. Al fin, abrió la cremallera de la bolsa pero no sacó nada.

Cuando bajó, la patrona trabajaba en el bar. Varias de las mesillas de la habitación estaban ocupadas por gente

de la localidad, piezas de un rompecabezas. La sala era grande y triste; el gran mostrador de madera oscura que estaba a un lado quedaba empequeñecido y, de algún modo, apartado de las funciones que debía cumplir: tabernáculo del pernod. En un rincón de la habitación brillaba un receptor de televisión. La mayoría de los presentes se las arreglaban para beber sentados en posturas que les permitieran no perderlo de vista, como si fuera un enemigo o, en el mejor de los casos, un amigo inseguro. Las únicas excepciones a esta norma eran dos hombres, sentados a una mesa apartada; hablaban entre sí con interés, descansando las muñecas sobre la mesa pero utilizando las manos para remarcar algunos puntos de la conversación. Ojos tristes, gestos imperiosos. Uno de ellos, que tenía una barba minúscula en forma de mechón bajo el labio inferior, resultó ser el patrón.

Tras la mesa del patrón, en un rincón y junto a un radiador, había una mesa mayor, solemne, cubierta de diversos artículos de escritorio y de otros usos. Era la mesa de la patrona, y a ella se retiraba a trabajar con las cuentas cuando no servía a los clientes desde detrás del mostrador funereal. Atado al radiador se encontraba un perro joven, grande y sucio, que gemía a intervalos y cambiaba de posición continuamente, como si el suelo estuviera recubierto de polvo antiperros. La patrona le dirigía suavemente la palabra de vez en cuando, pero evidentemente tenía puesta su atención en otras cosas.

Charteris observó todo esto mientras bebía un pernod sentado a una mesa junto a la pared, esperando a que apareciera la criada. Aquellas gentes le parecían víctimas de un sistema capitalista impracticable que se desmoronaba por la base. Estaban extintos dentro de sus ropas. Al cabo de un rato, vino la muchacha de un servicio al otro de la sala y él la llamó con un gesto.

—¿Cómo te llamas?

—Angelina.

—Yo Charteris. Así es como me hago llamar. Es un nombre inglés, de un escritor. Me gustaría invitarte a comer fuera.

—No termino hasta tarde... a las diez.

—Entonces, ¿no duermes aquí?

Una parte de la suavidad de su rostro se desvaneció cuando la precaución, incluso la astucia, se sobrepuso a ella; de momento, pensó él, no es más que otra calentorra, pero ¡seguro que habría un montón de complicaciones para hacerlo aquí!

—¿Puedes comprar cigarrillos o algo? —dijo ella—. Sé que me están vigilando. Se supone que no tengo que intimar con los clientes.

Se encogió de hombros. Ella se dirigió a la barra. Charteris contempló el movimiento de las piernas, el bamboleo de las nalgas, intentando adivinar si tendría las bragas limpias o no. Era escrupuloso. Las muchachas italianas se lavaban generalmente más a conciencia que las serbias. Piernas blancas asomando al otro lado de un parabrisas astillado. Angelina tomó un paquete de cigarrillos de un estante, lo puso encima de una bandeja y se lo llevó. Él lo cogió y pagó sin una palabra. Durante todo ese tiempo, el patrón no le quitaba ojo de encima: sus ojos eran manchas en un rostro de ex combatiente francés.

Charteris se obligó a fumar uno de los cigarrillos. Eran miserables. A pesar de su neutralidad en la Guerra de las Cabezas Drogadas, Francia habría sufrido escasez, como todo el mundo. Charteris había tenido suerte, consiguiendo ilegalmente cigarrillos de la ORANUR, que le gustaban.

Miró la televisión. Nadaban rostros a la luz verde, hablando demasiado deprisa para que les entendiera. Había imágenes de excitación en los admiradores de un campeón del ciclismo, de estrellas internacionales de la pantalla cenando en París, algo sobre la caza de un asesino en algún sitio, hambre en Bélgica, una huelga de profesores, una reina de belleza. Ni la menor referencia a los dos continentes

cubiertos de gentes alucinadas que ya no sabían dónde empezaba y dónde terminaba la realidad. Los franceses llevaban su neutralidad a todos los aspectos de la vida, protegiéndose siempre de la realidad gracias a la TV.

Cuando Charteris terminó su pernod se levantó, se dirigió a la mesa de la patrona para pagar y salió a la plaza.

Era de noche, los primeros momentos de la oscuridad, cuando las nubes aún reflejan algo de luz en sus capas altas. La luz de los focos era cada vez más fuerte en comparación sobre la catedral, cortándola en secciones verticales alternas de brillo y vacío; parecía la jaula de alguna gigantesca ave prehistórica. Al otro lado de la jaula se podía oír el tráfico de la autopista, rugiendo incansablemente.

Llegó hasta su coche y se sentó en él, fumándose un cigarrillo para borrar el sabor del Caporal de antes, aunque le turbaba estar sentado en el *banshee* inmóvil. Pensó en Angelina y en si acaso la deseaba, decidiendo que en conjunto no. Quería muchachas inglesas. Nunca había conocido a ninguna, pero desde la infancia había suspirado por todo lo inglés, del mismo modo que alguien a quien conocía suspiraba por todo lo chino. Incluso había renunciado a su nombre serbio para bautizarse con el sobrenombre de su escritor inglés favorito.

No se hacía ilusiones sobre la situación actual de Inglaterra. Cuando estalló sin declaración previa la Guerra de las Cabezas Drogadas, Kuwait atacó a todas las naciones desarrolladas. Inglaterra había sido el primer país en sufrir la bomba APQ... los aerosoles psico-químicos que propagaban estados de ánimo psicomiméticos; una luz difusa cayó sobre sus ciudades oscuras. Como oficial de la ORANUR, Charteris había sido asignado a Inglaterra para trabajar allí; en tanto que oficial de la ORANUR, podía imaginarse el desorden que allí encontraría.

Pero antes de llegar a Inglaterra, tenía que soportar esta tarde. ¡Cuántas veces se había dicho cosas semejantes! La vida era tan corta, y estaba tan llena de aquel aburrimiento